



Así va la vida

Obras son amores...

HEMOS leído en un colega local los programas que los concejales elegidos por el pueblo en las últimas elecciones piensan desarrollar tan pronto tomen asiento en los escaños de la Casa Consistorial y la verdad: nos ha extrañado y sorprendido tanto la belleza, la grandeza, la alteza de miras de esos señores, que no nos hemos creído nada de cuanto dicen en sus epístolas, sabiendo nosotros aquello de que «nada hay que resista lo que el papel...»

Somos así, francos, sinceros. No usamos la adulación ni ponemos á nuestro servicio la hipocresía. Decimos lo que sentimos y nada más.

De sobra entendemos que estos señores no harán en el Ayuntamiento otra labor que fomentar el compadrazgo y servir de amparo al caciquismo.

¿Razones? Una tan contundente que por sí sola basta para convertir en axioma cuanto aseguramos: que el compadrazgo ó el caciquismo los llevó al Ayuntamiento, pues sería inútil no reconocer que en esta capital las elecciones en vez de luchas de las diferentes filiaciones políticas, no son otra cosa que luchas de amistades, ni somos tan cándidos que creemos en la pureza del sufragio.

Corresponder al favor del cacique, al del amigo, ya que á ello quedan obligados, es cuanto pueden hacer en el Ayuntamiento estos señores. Para ello cuentan con la impunidad. El pueblo ni se preocupa ni asiste á las sesiones.

¿Para qué? Votó por compromiso, se le exigió ó hasta se le amenazó con quitarle el pan si no lo hacía en favor de tal ó cual y ya lo demás le importa poco.

Esto es cuanto siempre ha ocurrido, cuanto ocurre, cuanto ocurrirá mientras desgraciadamente la ley del sufragio no responda á los dictados de la conciencia.

Pero no llevemos esta cuestión por otros derroteros; ajustémonos al epígrafe que encabeza estas líneas y digamos—para ello no hace falta ser profeta—lo que harán estos señores en el Ayuntamiento.

Al requerimiento hecho por el director del colega, suponemos que la callada por respuesta hubiérales librado del ridículo que han corrido.

Mas sin duda—¡cómo no!—el prurito de figurar, de que las gentes vean sus proyectos expuestos y hasta cubiertos de cierto ropaje literario los condujo á contestar y hélos aquí que si su labor al frente del Municipio á nadie habría de llamar la atención, todos, ahora, la fijarán en estos señores para descarada ó solapadamente—según—reirse de ellos.

Nada como el ridículo hecho á sabiendas, ni las promesas hechas para no cumplirse. Lo primero atrae las risas y las burlas de todos; lo segundo lleva consigo la desconfianza y el descrédito.

Y ya han empezado... Llegará el día en que presenten su acta flamante, se sienten en su escaño, y adios programas, adios proyectos y reformas que en un momento de ensueño concibiera su mente y trazara su pluma, y entonces no faltará quien mordaces los califique de cocheros ó mujerzuelas, como ahora ha habido quien al acabar de leer una de esas cartas ha recordado el refrán: «Obras son amores...»

Pero no, esto es invención, fantasía nuestra. Estamos seguros que estos señores cumplirán lo que han prometido y así cuando su labor se haya visto realizada, cuando se acerque el día en que cesen, parodiando á *Don Juan* exclamarán:

Que cuanto yo prometí
confirmado lo dejé.

Y Ciudad-Real será entonces como aquel himno célebre á Mahón; una capital hermosa, galante, á donde los turistas llegarán ansiosos de admirarla, de recorrer sus calles, sus paseos, de visitar sus suntuosos edificios y donde los que habitemos en ella estemos orgullosos y al mismo tiempo encantados—no de haber nacido, no—ya que esto se puede hacer en cualquier parte, sino de vivir en ella, gracias á la obra de estos concejales, que Dios nos envía.

Francisco ESPADAS GARCÍA